

## Un padre y un hijo

Estaba por dormir la siesta de los sábados cuando me llamaron. Era la madre de Javier para avisarme que José María se sentía mal y quería que lo fueran a buscar. Me vestí y salí para el cumpleaños. Esa tarde le tocaba a Pilar atender el comercio, y se había llevado a María Sofía con ella, así que fui solo. En el fondo lo prefería, imaginaba por dónde iría la cosa, entonces mejor entre padre e hijo.

Era un sábado de primavera perfecto. El sol tibio, el cielo despejado y en los jardines era todo verdor y flores. Yo manejaba solo, con la previa del partido en la radio. Pensaba en las posibilidades y quería con toda mi alma que fuera la comida lo que hizo sentir mal a José María. Tan solo eso, como le podría pasar a cualquier niño de 10 años. Pero en el fondo presentía que no era esa la causa del malestar. Sabía cómo era *Jose*, sabía que en la escuela sus compañeros le decían *José Marica*. Fui un niño feo y gordo, y como tal conocí el rechazo a la perfección, lo cruel que pueden llegar a ser los niños y el desprecio de los adultos.

Más que salón de fiestas, era una cancha de fútbol cinco con barbacoa, la última moda. En mi época se jugaba al fútbol en el patio, y si no había, en la calle o en el campito. Había muchos autos estacionados, todos parecidos al mío, a cualquiera de clase media. Entré al predio y no vi a *Jose* cuando pasé junto a la cancha. Sí a Gonzalo, el capito de la clase, el que mejor jugaba al fútbol, el que tenía a todos abajo de la pata. Lo conocía bien ya. Todos tuvimos un Gonzalo en nuestra clase. A mí me tocó sufrirlo en su momento, aunque se llamara Fernando. El pequeño hijo de puta me miró y sonrió, sabía quién era yo. Lo miré fijo, hasta que se dio vuelta para correr una pelota, como si nada, con la impunidad que tan bien saben administrar los Gonzalos. Pasando la cancha estaba la barbacoa. Al lado, las niñas saltaban a la cuerda y jugaban en un castillo inflable. No veía a *Jose* por ningún lado. Entonces entré a la barbacoa. Estaba llena de adultos conversando a los gritos, escupían carcajadas de borrachos y se balanceaban contra la mesa. Sentía sus ojos brillosos por el alcohol que me miraban, lo sabía. La madre de Javier se levantó y vino a mí. Cargaba una copa vacía con marcas de dedos grasientos. Tenía aliento a vino. Le pregunté qué había pasado con *Jose*. Me dijo que le habían pegado un pelotazo, se sintió mal y pidió que me llamaran, a mí. Le pregunté dónde estaba y me dijo que en el parillero, con unas amigas -dudó, pero al final dijo amigas- atrás de la barbacoa, y largó un hipo de borracho. No le importaba mucho. Di vuelta a la barbacoa y ahí estaba *Jose*, sentado en un tronco, con la vista en el piso. A su lado, tres niñas lo consolaban. Levantó la vista y me miró lleno de vergüenza, y yo también a él, aunque no estoy seguro si en realidad lo miré a los ojos. Le pregunté si estaba bien. Me

dijo que sí, pero yo sabía que no. Qué pasó, le pregunté. Me respondió que nada y que tenía que ir al baño. Se puso de pié y cabeza gacha fue hasta la barbacoa. Apenas se fue, *Mica*, su mejor amiga, me contó todo. *Mica* era una niña maravillosa, increíblemente adulta, tanto que a veces llegaba a asustar. Me dijo que estaban saltando a la cuerda, ese juego en que en cada punta uno agarra la cuerda y el que salta tiene que hacer juegos de palabras medio rítmicos. Entonces la madre de Javier salió de la barbacoa y gritó a comer y los varones, que jugaban al fútbol, se abalanzaron sobre la mesa con panchos y vasos de plástico. Salvo un un grupito que se puso a jugar a la pelota al lado de ellas, y *Jose*. Le pegaban a la pelota con fuerza, contra la pared, como si un frontón. Entre ellos estaban Renzo, Gabriel y Gonzalo. Entonces Gonzalo hizo como que le pegaba mal, pero en realidad le pegó bien, y fuerte, solo que en vez de apuntar a la pared, lo hizo al estómago de José María, que en ese momento saltaba y cantaba. Después del ruido seco se hizo un silencio y *Jose* cayó de rodillas, con sus manos en la barriga, asfixiado, encorvado, mirando al piso de mezcla gris. Trataba de retomar el aire mientras Gonzalo y los demás se reían y le decían *José Marica ja ja ja, José Marica ja ja ja*.

- Gonzalo es un tarado - concluyó *Mica*.

Yo sabía que lo era.

*Jose* volvió del baño y se despidió de sus amigas. *Mica* le dijo que luego lo llamaba -fue la única vez que *Jose* sonrió- y la saludó de lejos con la mano, de una manera tan delicada que con mucha vergüenza ahora debo admitir que me dio vergüenza. Pasamos frente a la barbacoa y escuchamos las carcajadas de los padres y, como acordado de forma tácita, apuramos el paso para escapar de allí cuanto antes. Después pasamos junto a la cancha y le dije que no mirara. Yo tampoco miré. Escuchamos alguna risita burlona, *ja ja ja, ja ja ja*, y seguimos hasta el auto, en silencio, mirando el piso de mezcla, gris.

Las primeras cuerdas ninguno de los dos abrió la boca. Cada tanto en el espejo veía a *Jose*, que solo miraba por la ventana, triste. No sabía qué decirle. Pensaba en lo difícil que era todo y lo duro que sería. Yo me daba cuenta de cómo era mi hijo. Pilar estaba en negación, decía que era normal que jugara solo con niñas y que tuviera esa forma de ser tan poco común en un varón. Nos encerrábamos en el cuarto para discutir, y yo le decía que abriera los ojos, que no era *normal*, que *Jose* nunca lo había sido. Pilar lloraba y negaba la realidad.

Hablamos con el padre Manuel y nos dijo que José María se podía curar, que había métodos. Pilar se entusiasmó y se hundió más en su negación. Yo no creía en nada de eso, me parecía una estupidez, y maldecía al cura por llenar la cabeza de mi mujer con esa basura. Me llevó muchas peleas encerrados en el cuarto o en el auto hacerle

entender que no había cura, porque directamente no se trataba de ninguna enfermedad. En todos lados sentíamos las miradas, los susurros, el cuchicheo, en las reuniones y fiestas del colegio o en la congregación. Tampoco me era fácil aceptarlo, pero esa serie de pequeñas humillaciones a las que nos sometieron, a mi hijo y a mi familia, paradójicamente me ayudaron.

Cuando faltaba poco para llegar a casa estuve a punto de sacarme, de decirle, de gritarle en realidad, que fuera fuerte, que fuera un hombre, que si seguía así lo iban a joder toda la vida. Que fuera y le rompiera algo en la cabeza a ese Gonzalo. Que dejara los jueguitos de niña, que dejara de saltar la cuerda y peinar muñecas como una *mariquita* y agarrara una pelota. Que fuera un niño normal, por el amor de Dios. Y entonces, como si estuviera leyendo mis pensamientos, *Jose* se largó a llorar con una angustia que me partió el alma. Lloraba a mares y se ahogaba de tanto que le oprimía el pecho. Un nudo me estrujó la garganta, tanto que pensé que se me quebraría en mil pedazos, como una taza que se estrella contra el piso duro. Ver a un hijo así es lo peor que le puede pasar a un padre. Creo que fue en ese instante cuando terminé de asumir que José María no era como los demás niños. Fue una especie de revelación divina, algo difícil de describir. Sentí un alivio total, una liviandad placentera, celestial, como si me hubiera sacado miles de kilos de encima, una sensación que hacía tiempo no experimentaba. Fue como si apagarán una música infernal que sonaba en mi cabeza hacía tiempo y no me dejaba estar en paz. Hice todo lo posible por no largar el llanto, que en realidad -creo- era de felicidad, y con la voz medio quebrada le empecé a decir que ese Gonzalo iba a ser un fracasado. Que esperara un poco nada más, que esperara un poco y lo vería repetir varios años de liceo, porque era un burro, porque esos siempre son unos burros, e infelices, se sienten inferiores y por eso humillan a los demás, para sentirse superiores. Que los Gonzalos solo tienen sus tiempos de gloria en la escuela y, como mucho, hasta tercero de liceo. Y que si esperaba unos años más, lo iba a ver haciendo el peor trabajo que se imaginara. Limpiando mierda de los monos del zoológico, le dije, con una pala y un balde, y después con la mano, porque la pala se le iba a romper y el jefe no le iba a dar otra. Y hasta capaz los monos le harían burlas y le tirarían caramelos, o caca. *Jose* rió y se limpió los mocos mezclados con lágrimas. Luego fue a las carcajadas, como hacía mucho no lo veía, ni lo escuchaba.

Terminamos el viaje en silencio, pero navegando en otra atmósfera, en un éter menos denso. Llegamos a casa y cuando entrábamos le dije de pasar a buscar a *Mica* para ir a andar en bici por la rambla. Después podríamos ir tomar un helado, o lo que quisiera. Y le di un abrazo, nos dimos un abrazo. No recordaba la última vez que lo habíamos hecho.